

## MONSEÑOR ROMERO: UN MARTIR DE LA FE PROGRESISTA

**T**ODO el mundo ha execrado el crimen que ha borrado del mapa a este valiente arzobispo católico. La prensa, los Gobiernos y el público en general han reaccionado en contra de esta violenta acción que, por el expeditivo procedimiento de disparar certeramente una bala explosiva al corazón de este prelado, ha callado una voz que era necesaria en su país ante la injusticia en él reinante.

El Papa Juan Pablo II, a pesar de las reticencias que en el mundo progresista produce, se ha apresurado también a enviar un expresivo telegrama reivindicando la discutida figura del obispo asesinado.

Por eso podemos decir los católicos que tenemos, en este tiempo de involución hacia la ultraderecha, al primer mártir de la fe progresista. Porque monseñor Romero no era un jerarca de la Iglesia nacional-católica de su país, sino un claro representante de la abierta voz del Evangelio.

Estaba hecho de la madera de un Helder Cámara, de un Fragoso o de un Casaldáliga. Esos tres obispos católicos que en Brasil dan testimonio de un Evangelio enraizado en el pueblo, porque no difunden una vaporosa música celestial que acune las vidas humanas elevándolas a las nubes, que están separadas de la tierra de todos los días.

He meditado en estos días —como habrán hecho muchos de mis lectores— en el significado de estos testigos cualificados de la doctrina y de la vida de aquel que fundó hace veinte siglos el cristianismo. Y veo que se encuentran en un nivel muy distinto de nuestras académicas discusiones teológicas de cansados occidentales. Nosotros estamos en otra órbita que, respecto a ellos, está muy desplazada.

Ayer teníamos nosotros algo contra lo que luchar: el retrogradismo nacional-católico, cuya expresión más clara estaba dentro de nuestras fronteras, y que fue fomentada por el régimen político reinante durante cuarenta años. Hoy, en cambio, nos debatimos en un plano difuso en el que no nos encontramos a nosotros

mismos. Ya no sabemos, después de haber derrocado externamente al franquismo reaccionario, dónde estamos como creyentes y como hombres. Y todo se nos va en pequeñas escaramuzas que poco tienen que ver con la vida real que nos envuelve. Parece como si hubiéramos perdido pie y no supiéramos dónde ponerlo.

Por eso, figuras como monseñor Romero son aldabonazos que pueden hacernos pensar también a nosotros. Y este triste acontecimiento nos incitará a preguntarnos: ¿es que no tenemos nada que decir como creyentes en nuestra decaída, desanimada, decepcionada y frustrada situación posfranquista?, ¿es que todo lo que se nos ocurre conduce solamente a una discusión sobre si es teólogo católico Küng o no lo es? O, yendo un poco más lejos, ¿es que el único elemento de discusión ha de ser si la teología de la liberación fue condenada o no por Juan Pablo II en su viaje triunfalista por tierras mexicanas?

Nuestras discusiones no van a la entraña de nuestra propia vida social, sino a una elucubración descomprometida de lo que nos está ocurriendo todos los días. Las ideas ya no son fecundantes de la realidad, porque la realidad ya no es estimuladora de ideas concretas que impulsen a salir del decaído aburrimiento que nos envuelve.

Meditemos, pues, ante esta muerte algo más sustancioso que lo que leemos en los extensos tomos académicos de Hans Küng, llenos de elegante erudición progresista, pero vacilantes cuando toca los temas sociales. Reflexionemos sobre la vida. ¿De quién? De hombres como monseñor Romero, que ha sido un luchador por la justicia y la libertad para su pueblo, sin partidismos, aunque sus palabras en nuestros oídos occidentales sonasen a veces a política cuando las reproducía nuestra televisión.

Pero, ¿por qué nos sonaban así? Porque hemos perdido el contacto con la realidad; y sólo sabemos plantarnos en medio de las discusiones de salón a través de nuestra prensa, de nuestras reuniones, de nuestros diálogos ocasionales y de nuestras confe-

rencias o coloquios cada vez más cansinos.

Hay que pensar por eso más en las sencillas palabras de monseñor Helder Cámara, el popular arzobispo de Olinda y Recife, cuando en 1974 hacía unas declaraciones a Linda Bimbi (entrevista recogida en el libro *¿Complicidad o resistencia? La Iglesia en América Latina*, de la editorial Atenas-Sigueme). En ella nos recuerda que "en las grandes ciudades de América Latina prolifera la miseria al lado de la riqueza. ¡Y hablo de miseria, no de pobreza!".

Ante ese hecho cotidiano, el obispo precursor de monseñor Romero confesaba como el publicano del Evangelio: "Nosotros, obispos y sacerdotes de América Latina, preocupados por mantener el prestigio del orden social imperante, hemos seguido de hecho manteniendo un pseudoorden, un orden falso, mentiroso, presentando un catolicismo excesivamente pasivo que servía únicamente para mantener en orden al pueblo, tranquilo, obediente, resignado".

Y a eso es a lo que no se brindó monseñor Romero. Salió por los fueros de la verdad, porque pensaba como el Jesús del Evangelio: "La verdad os hará libres". Y no se brindó porque "cuando en los últimos tiempos se ha hecho chocante esta realidad cada vez más dolorosa, entonces hemos empezado a abrir los ojos, la mirada se ha hecho más penetrante y se ha despertado una nueva conciencia del Evangelio".

Eso es lo que le pasó a monseñor Romero, y por eso resultó socialmente incómodo, como lo fue hace veinte siglos Jesús. Y como él fue eliminado violentamente. ¿Servirá su memoria para despertarnos a nosotros los españoles de nuestro letargo religioso, olvidados de la vida entre cansados floreteos eruditos, entre el academicismo y la última moda?

La palabra la tenemos todos y cada uno de nosotros. Y sobre todo la acción que dé un vuelco a nuestra pasividad malhumorada, que a nada práctico conduce. ■